

Depresión después de una victoria (1 Reyes 19:1-8)

Un hombre va caminando por uno de los tantos caminos polvorientos de Israel. El insoportable sol lo quema. Da cada paso con un esfuerzo tremendo. Su rostro denota una complejidad de sensaciones. Su semblante es el de un hombre recio, determinado. Pero esa huída y ese caminar sin fin por senderos inhóspitos están tomando su tributo. No puedo más, me doy por vencido, me rindo, nadie me comprende, todos están contra mí, nadie está a mi lado. Sus ojos ahora no miraban hacia arriba, ni siquiera en forma horizontal hacia ese panorama monótono e interminable. Ahora su mirada está dirigida hacia el suelo. Encuentra un arbusto y se echa allí a descansar. Toma un poco de agua de su improvisada cantimplora y se desploma porque siente que no puede avanzar más. ¡Quién iba a decir que ese caminante, que parece uno más de los tantos nómadas que cruzan los desiertos, es ni más ni menos el que hace unos pocos días ha obtenido una tremenda victoria sobre 850 sacerdotes paganos!

En 1 Reyes 18, tenemos el triunfo contundente del profeta Elías contra los profetas de Baal. Un total de 450 falsos profetas han sido exterminados. En esa oportunidad, se pronuncia la famosa frase: *“El Dios que responda por fuego; ¿ese es Dios!” (1 R 18:24)*. El versículo 1 del capítulo 19 nos dice: *“Acab informó a Jezabel de todo lo que Elías había hecho y de cómo había matado a espada a todos los profetas. Entonces Jezabel envió un mensajero a Elías, diciendo: ¡Así me hagan los dioses y aun me añadan, si mañana a estas horas yo no he hecho con tu vida como la vida de uno de ellos!”*.

El mensajero llega hasta donde está Elías y le comunica el mensaje de la reina. En pocas palabras le está diciendo: “Te voy a mandar a matar a espada de la misma manera que tú has hecho con mis profetas de Baal”. Y todos sabían que cuando la reina Jezabel hablaba, lo hacía en serio. El profeta de Dios, que no tuvo miedo cuando enfrentó a cientos de enemigos, ahora tiene pavor de esta reina impía.

El versículo 3 dice: *“Entonces él tuvo miedo, y se levantó y huyó para salvar su vida. Así llegó a Beerseba, que pertenece a Judá”*. Muchos comentaristas recalcan que hubiera sido muy importante que Elías no hubiera huido. Argumentan que cuando hay una revolución espiritual, un avivamiento como el que tendría que haber ocurrido luego de que *“fuego cayó del cielo”*, hubiera sido muy importante que él permaneciera en el mismo lugar. Quizás, razonan, hasta el mismo rey Acab hubiera cambiado su posición. Pero la realidad es que ni Acab ni Jezabel se convirtieron por el milagro del fuego del cielo. Seguramente, le habrán dado una explicación “científica”. Como médico, me acerco a esta historia con respeto y seriedad. Dios nos permite ver la intimidad del alma de un hombre que ha pasado por grandes pruebas y sufrimiento. Muchos lo consideraban fuerte, severo, quizás demasiado duro. Pero no era un hombre a “prueba de balas”. ¡Qué fácil es para nosotros decir que Elías no tuvo “el indomable espíritu de mártir”! Pero, ¿acaso usted o yo tenemos ese “espíritu de mártir”?

Por supuesto, la fe le menguó. Pero probablemente a nosotros nos hubiera sucedido lo mismo.

La depresión luego de la victoria

En los versículos 3 y 4, leemos que Elías *“dejó allí a su criado, y él se fue un día de camino por el desierto. Luego vino, se sentó debajo de un arbusto de retama y ansiando morir se dijo: ¡Basta ya, oh Señor! ¡Quítame la vida, porque yo no soy mejor que mis padres!”*.

Observen la guerra psicológica de Jezabel. La reina podría haber enviado varios soldados para matar al profeta. Aparentemente, esto no hubiera sido muy difícil. Pero, ¿cómo evitar un gran tumulto? Después de todo, el pueblo había visto que Dios le ha respondido a Elías enviando fuego del cielo. En vez de eso, le manda al mensajero para prevenirlo: *“Mañana a esta hora te vamos a matar”*. La idea del peligro comienza a trabajar en la mente de Elías debilitando su fe. ¡Cómo nos parecemos nosotros a Elías! ¡Cuántas veces, después de una victoria que se deseaba por largo tiempo, el cuervo gris de la depresión psicológica empieza a revolotear sobre nosotros!

Algunos grandes militares, como Napoleón, han hecho monumentos para celebrar sus victorias. Pero ningún general ha levantado el “Arco de la Derrota”, a pesar de que todos tuvieron bastante de ellas también. De la misma manera, nosotros edificamos monumentos a nuestras victorias ¡pero qué poco deseamos recordar nuestras derrotas! Un famoso ajedrecista le aconsejaba a sus estudiantes: “Estudien las partidas que han perdido, no las que han ganado. Las partidas ganadas no les van a enseñar mucho, pero de las perdidas extraerán mucha instrucción, para no repetir los mismos errores”. Por el momento, parecería que Jezabel tiene éxito y Elías huye.

¡Qué fácil nos es ceder al miedo y temblar frente al peligro! Elías tuvo miedo. Vio el peligro, pensó en el peligro, desayunó, almorzó y cenó con el peligro, y después se lo llevó a dormir con él. Su temor es como una nube oscura que se interpone entre él y el Señor en los cielos. Antes había dicho: *“¡Vive el Señor de los Ejércitos, a quien sirvo, que hoy me presentaré ante él!” (1 R 18:15)*. Ahora, que ve el peligro, tiene temor. Tiene pesadillas con el sitio de Jezabel y no puede ver a Dios en su trono.

Alguien expresó esta oración: “Amado Salvador, dame una victoria completa sobre el miedo. El miedo de la enfermedad, el miedo de los accidentes, el miedo de la pobreza, el miedo de la persecución, el miedo del ridículo, el miedo de la soledad, el miedo de las pruebas, el miedo de la vejez, el miedo de todo lo que me puede suceder en la tierra, el miedo de la misma muerte, y el miedo del más allá”.

Así que Elías se decide a huir. Un día de camino en el desierto significan entre 15 a 30 kilómetros. Si el terreno era muy dificultoso, la distancia sería menor. Pero en aquellos tiempos esa distancia en el desierto haría prácticamente imposible encontrar a la persona que huye. Los vientos cubrirían fácilmente sus huellas.

Elías tuvo miedo, y el resultado es que huye y después desea morir. Sin duda, si realmente así lo deseara, nada le hubiera sido más fácil que quedarse en el lugar donde estaba, ya que la reina Jezabel lo buscaba para matarlo. Probablemente, él había visto los cuerpos troncados de aquellos profetas del Señor a quienes ella había asesinado. ¡Qué precioso es para nosotros saber que no vamos a vivir un minuto más ni menos que el tiempo que Dios determinó en su propósito y voluntad!

Y ahora, encontramos al profeta durmiendo debajo del árbol de retama. De pronto, siente que alguien lo toca y una voz le manda levantarse y comer (**1 R 19:5**). Observe cómo el Señor actúa con su siervo que está deprimido. Nosotros le hubiéramos dado una larga sesión de consejos sobre la importancia de no deprimirse. Pero el ángel no lo regaña, sino que lo despierta y le ordena alimentarse. Para su sorpresa, Elías vuelve su mirada y ve en dirección a su cabecera una *“torta cocida sobre las brasas y una cantimplora de agua” (1 R 19:6)*. Quizás, usted y yo diríamos: “Señor, está bien, que a falta de pan buenas son tortas, pero ya la viuda me tuvo comiendo tortas por más de un año ¡y me mantienes el mismo régimen!”. Pero Elías no protesta; se alimenta y se vuelve a dormir. Tiene tanto sueño, que no puede mantener sus ojos abiertos. Está totalmente extenuado. Pero el enviado celestial lo toca nuevamente y con voz clara y terminante le insiste:

— Levántate, come, porque el camino es demasiado largo para ti. No sabemos cuánto había comido la primera vez, pero ahora el ángel le está recomendando que coma bien porque al profeta lo espera una extensa jornada por delante.

Dios hace maravillas frente a la depresión

En el versículo 8 se nos relata que Elías “se levantó, comió y bebió. Luego, con las fuerzas de aquella comida caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta Horeb, el Monte de Dios”.

Sin duda que la NASA estará muy interesada en utilizar este tipo de alimento. ¿Se imagina la cantidad de espacio que se ahorraría en las estaciones espaciales si se pudiera alimentar durante cuarenta días a los astronautas con un solo plato de comida? Con aquella comida, Elías caminó 40 días. Dios es el único que puede darnos una “comida espiritual” que satisface.

El hombre que un rato antes estaba tirado en el suelo, sin fuerza y sin aliento, de pronto se levanta. Advierte que dentro de su cuerpo ha pasado algo increíble. Percibe que no sólo ha recuperado sus fuerzas sino que está tan vigoroso como cuando tenía 20 años. El cansancio ha desaparecido y se siente como alguien que, estando muy anémico, recibe tres o cuatro transfusiones de sangre acompañadas por inyecciones de distintas vitaminas. Comienza a caminar y a caminar. Aquí y allá encuentra lugares donde descansar a la sombra de una roca o donde hay arbustos. ¿Qué pensará mientras camina por esa ruta interminable, con un paisaje tan monótono? Elevaciones de arena, montañas desoladas, rocas y el cielo azul cuyo resplandor irrita sus ojos. Quizás piensa en las palabras de su contemporáneo, el profeta Isaías: “*Pero los que esperan en el Señor renovarán sus fuerzas; levantarán las alas como águilas. Correrán y no se cansarán; caminarán y no se fatigarán*” (Is 40:31). No sabemos por qué se dirige a ese lugar. Durante esta larga caminata tiene suficiente tiempo para recapacitar. Sin duda, las imágenes de su pasado están en su mente. Los ídolos paganos que ha levantado el pueblo de Israel le quebrantan su corazón. Recuerda su experiencia a solas con el Señor en el arroyo de Querit. El cuidado que Dios ha tenido para con él, la crisis nacional debida a la sequía, la experiencia de la provisión de Dios en Sarepta, la enfermedad de ese niño y su lucha e intercesión. ¿Cómo olvidar ese milagro increíble? Las imágenes de los 450 sacerdotes falsos siguen volviendo a su memoria. Y sigue ese largo camino hacia ese monte, que hoy no sabemos exactamente dónde está ubicado. Ignoramos si fue el ángel del Señor quien le indicó que fuese allí. Los israelitas caminaron 40 años para llegar a la tierra prometida. Elías camina 40 días y llega al monte Horeb. Desde el monte Carmelo en línea recta a la península de Sinaí hay unos 600 kilómetros. Hacía 40 días que había llegado al punto donde creía que no podía ir un metro más.

Pero cuando llega al monte Horeb no está cansado. Después de haber sentido que todo estaba terminado y de haber deseado morir, Elías va a experimentar uno de los eventos más grandes de su vida. Sólo se podrá comparar con el que tendrá mucho después con Jesucristo en el monte de la transfiguración.

Es muy interesante ver cómo Dios obra para ayudar a su siervo en momentos de depresión. En primer lugar, le envía un ángel. Muchas veces él nos envía a un hermano para alentarnos. El ángel, en vez de darle un discurso, le ofrece comida y agua para que pueda recobrar sus fuerzas. El ángel lo vuelve a tocar y a despertar. En la depresión, es característica la tendencia a dormir mucho. Es bueno saber que el Señor se ocupa de cómo es nuestro camino. Y creo que esta es una de las enseñanzas de esta historia. A veces, nosotros, como Elías, creemos que todo se acabó. Que ya no servimos para nada.

Que nunca podremos hacer lo que Dios quiere que hagamos. A veces sentimos que no podemos más. Y, sin duda, las circunstancias por las que atravesamos pueden ser muy duras. Pero cuando Elías llega a ese punto, Dios le va a mostrar varias cosas.

En primer lugar, comienza anticipándole que *“le espera un largo camino”*. Años atrás fui a visitar a un paciente y amigo al hospital. Era un pastor a quien se le había diagnosticado un cáncer. Sentí en mi corazón compartir con él este versículo: “Levántate, come, porque el camino es demasiado largo para ti”. Cuando lo volví a ver al día siguiente, me maravillé. El gozo resplandecía en su rostro. El Señor le había mostrado que a pesar de su enfermedad todo no estaba acabado. Siguió sirviendo al Señor por un buen número de años y siempre gozándose en su Salvador. La persona deprimida piensa que está en un túnel oscuro y sin salida; que para él la vida no tiene nada más por delante. En el caso de Elías, el Señor lo anima por medio de su ángel indicándole que no ha llegado al final de su camino sino que Dios tiene aún algo por delante para él.

Pero Dios quiere mostrarle una segunda enseñanza al profeta. Las palabras del ángel que dicen *“el camino que te espera es demasiado largo para ti”*, revelan que Dios conoce nuestras limitaciones. Para mí esto es precioso. Muchas veces, nuestro sendero se hace muy difícil. Afrontamos muchos obstáculos y conflictos. Nos han atacado y nos han dejado heridos emocionalmente, como atacaron los malhechores a aquel a quien socorrió el buen samaritano. Pero lo increíble es que el Señor sabe que el camino es demasiado largo. Es decir, él sabe exactamente cuánto podemos soportar. Es por eso que las palabras del apóstol Pablo son tan preciosas: *“Fiel es Dios, quien no os dejará ser tentados más de lo que podéis soportar” (1 Co 10:13)*.

Los que son aficionados a la pesca saben que hay distintas clases de tanza (hilos o fibras de “nylon”) que pueden colocar en su caña. Algunos pueden aguantar el peso de un pez de 5 kilos. Otros uno de 20 o más kilos. ¡Qué consuelo es saber que Dios sabe exactamente cuánto puede aguantar mi tanza; y si está pronta para romperse, podemos escuchar la dulce voz de nuestro Salvador diciendo: *“Yo he rogado por ti, que tu fe no falle” (Lc 22:31)*.

El ángel va a preguntar una y otra vez: *“¿Qué haces aquí, Elías?”*, y le va a dar varias misiones que cumplir, volviendo por el camino del desierto. A todos nos disgusta y nos cuesta regresar por ese “camino del desierto”. El mismo Señor Jesucristo dijo: *“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame” (Mt 16:24)*. ¡Qué paradójico! ¡Aquel a quien querían matar, y él mismo quería morir, no experimentó la muerte sino que subió al cielo en un carro de fuego!

Debemos destacar que el Señor nunca le reprochó a Elías el hecho de que tuviera temor.

Un hombre comienza el camino fatigado, triste y deprimido. Ahora tiene energía y ánimo. Pero el tratamiento que Dios está haciendo no ha concluido. “El paciente está mucho mejor pero no está curado”.

Algunas acotaciones médicas sobre la causas de la depresión

Quizás usted se pregunte por qué Elías llegó a estar tan deprimido que se quería morir. Las razones son múltiples. Si bien, muy a menudo, la depresión está asociada con fracasos, falta de trabajo, divorcio o fallecimientos, también lo está con episodios que llamaríamos de “éxito”. La victoria contra los sacerdotes paganos le ha costado mucho en su vida emocional. Elías mira la situación a su alrededor y ve una decadencia espiritual tremenda. El pueblo se ha dado a la idolatría. Estos son los factores externos o

ambientales de la depresión. Luego tenemos factores internos, como la sensación de soledad, aislamiento e incompreensión.

Cuando a todo esto le agregamos el cansancio físico y probablemente la falta de alimentos, nos damos cuenta de que no se necesitan “muchas gotas para desbordar el vaso”.

Hasta este momento, hemos visto que el Señor utiliza varios elementos para ayudar a Elías. Primero, le envía un ángel; luego le da un alimento muy especial. Tercero, le muestra que hay mucho por delante en su vida y que hay un camino para seguir. El “tratamiento divino” va continuar en el monte Horeb.

Algunos temas para la predicación y el estudio en grupos

- Cuando la vida parece perder su propósito.
- Cómo mirar lo que hay más allá de nuestro último paso.
- Recursos de la fe cristiana para prevenir la depresión.

Preguntas para reflexionar y discutir

- Si usted ha pasado por momentos de depresión, ¿cuáles han sido los pensamientos con los que le resultó más difícil lidiar?
- ¿De qué maneras intentaron ayudarlo otros creyentes? Haga una lista de aquellas actitudes que resultaron útiles en su situación.
- ¿Qué clase de alimento espiritual considera necesario para prevenir la depresión?